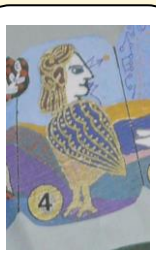

más inexpertos, más elementales, más desconocedores de tantísimas cosas como configuran este mundo que se ha ido con el inexorable paso de los tiempos convirtiendo en un lugar tan moderno pero, también, algo (o incluso “bastante”) más observadores, más inclinados a mantener nuestros ojos y oídos bien abiertos porque dentro de nuestra ignorancia éramos bien sabedores — o quizás sólo “intuidores” — de que el orden de cosas, y de útiles, y de aperos y costumbres y de conocimientos con que nos desenvolvíamos no era posible que permaneciera indefinidamente así.

Pero estábamos demasiado embebecidos, absortos y hasta embrutecidos con el tema de la supervivencia y correteando todo el día, de acá para allá, en invierno y en verano, tras aquellos seres tan extraños y tan diferentes de nosotros.

Y tuvimos que esperar a que llegase un momento de calma que se demoró una enormidad; pero llegó aunque muchos no alcanzamos a verlo y fueron otros los que, desgranando vainas de judías, o de guisantes, a lo mejor, pudieron permitirse el gran lujo de, allí, sentados alrededor de la hoguera o tomando el refrigerio de la mañana, dedicarse a pensar y a tratar de desentrañar los grandes misterios que los envolvían y que no dejaban — eso no — de sorprenderlos tanto como aun a pesar de las pequeñas diferencias que a ellos les parecían abismales nos habían sorprendido a nosotros, los de antes, los que extenuados tras una dura jornada nos dejábamos caer sobre el duro suelo o, todo lo más, sobre un lecho de hojas amontonadas en el que soñábamos — sin siquiera saberlo — con lo que iba a ser algún día un Pikolin o un Flex o algún otro tipo de colchón, de latex, a lo mejor, o alguno de esos abatibles que te permiten ver con perfecta comodidad la televisión que, por entonces, constaba de un solo canal y la programación nada más consistía en ir mostrando noche tras noche aquella entidad sagrada que un atardecer se había manifestado cuando después de haber terminado de cenar permanecíamos allí, pensativos dando vueltas en nuestras cabezas al enigma que no sabíamos calcular cuánto tiempo atrás había causado un chasquido primero, un chasquido fuerte como de muchas ramas secas quebrándose todas al mismo tiempo, y, en seguida, otra entidad sagrada — las entidades sagradas se prodigaban mucho por

entonces — que asomó por detrás de la colina y nos pareció muy inquieta porque no dejaba de bailotear estirándose y encogiéndose al tiempo que mostraba una gama de colores que Nufñre no dudó, con aquel desparpajo tan suyo, en calificar de inmediato de “cálidos”.

– ¿“Cálidos”? — Exclamó Myhsbk, tan proclive a poner objeciones a todo — ¿Podrías darnos una buena razón para afirmar que esos colores son cálidos?

– No, claro… — replicó Nufñre, que desde el asunto de la cerveza y no haber sabido justificar su aún más desconcertante “pásame otra” daba la sensación de haber perdido algo (aunque no mucho) de su locuacidad — ¿Cómo podría darte “una” de un algo que ni tan sólo sé si tengo?

– Eso — Gjifsw, poniéndose con arrogancia en pie y dibujando en sus labios una mueca burlona al tiempo que se encaraba a Nufñre —: salte por la tangente.

– ¡Kpugdil, por favor — saltó Rgoqiwz igual que si terminara de picarle una avispa —, dile que no diga “tangente”!

– ¿Hay, por ventura — Sigbut, con su inconfundible voz gangosa — algo de malo, algo de obsceno en “tangente”?

– Vale — Horjuwy, que con su natural bondad, su buen carácter, no se daba cuenta de cuándo alguna broma estaba, por más inocente que fuese, quedando fuera de lugar. Y mirando tan sonriente a Sigbut —: sigue enredando, anda.

– ¿Yo?

– ¿Qué “Yo”? — Sijgäw, que hizo una pausa para bostezar emitiendo su característico sonido de chacal —, ¿no has sido siempre Sigbut?

– Además — Yo — no quisiera verme, a ser posible, involucrado en esto.

– Seguid así — Prjig cambiando, impaciente, el cruzado de sus piernas tan largas —; seguid así y seremos el hazmerreír de todo el mundo.

– ¿Qué “mundo”? — Srailkt, cuya perspicacia andaba a veces un poco a la zaga de sus destrezas manuales —; no creo que nos esté viendo ni escuchando nadie…

– Eso es verdad, pero… — contando con los dedos Spuwr, que empezó a enumerar en riguroso orden —: “cálidos”, “razón”, “tangente” …,

– ¡Un momentito! — Alzando la mano Lewhgif y declarando con tono decidido —: ¡Cinco!

– ¿“Cinco”? — Gñyu, como no creyéndoselo.

– Ya me dirás — repuso. Y se aplicó de nuevo Lewhgif a los dedos —: “cálidos”, “razón”, “tangente” … “Por ventura” se cuenta como una, y luego “involucrado” … Así que, lo que te digo: cinco.

– No quisiera ser tildado de díscolo — Kgyaert — pero lo último que recuerdo fueron “seis”.

– De acuerdo — Lewhgif, que esta vez soltó, sin ni inmutarse, “siete”.

– ¿“Siete?”? —Hegurpl abriendo mucho los ojos, con su voz angustiada — ¿Así, de buenas a primeras y de repente?

– Es que — Lewhgif, con mucha paciencia — con “tildado” y con “díscolo” …

– Eso ya lo sé…

– Ah — Myhsbk —, he aquí alguien que sabe ¿No es portentoso?

– Lo que quiero decir, es que la última vez que puedo recordar fueron “seis” … Es decir, “media docena para no mentir”.

– ¿No te estarás confundiendo con las estacas?

– ¿Qué estacas?

– Aquellas, sí — Uhlkthñ — las del día del frigorífico.

– Bueno, no hay que sacar las cosas de quicio; sólo era una nevera y vacía.

– Pero dejad eso ahora — Nufñre, que se rehacía muy deprisa de sus frustraciones —. Los niños han ido para mirar de cerca y han regresado tosiendo…

– ¿Y? — Tan cargante Myhsbk.

– Y sudando — Nufñre.

– ¡Pues ya tiene mérito — entre dos bostezos Sijgäw —, con este frío del carajo que hace!

– Pues por eso precisamente — Nufñre, que agregó olvidando sus pudores —: me da a mí muy buena espina y además si tengo que seguir comiendo tartare de triceratops me pondré en huelga de hambre. Deberíamos ir todos, con baldes y jofainas o cualquier tipo de recipientes a ver si podemos recoger un poco.

– ¿Y qué te hace pensar que por traerlo hasta aquí vas a comer lenguado menier? — Preguntó Myhsbk.

– Lenguado, no; pero, un buen guiso de mamut…

Pero mientras nos organizamos — es decir, "se organizaron ellos"— se puso a llover y…[1]

[1] Aquí tuvimos que interrumpir la lectura porque la señorita Marcela gritó "¡Basta!", roja de ira — que a estas alturas todo el mundo sabrá que la señorita Marcela era un verdadero hueso — y protestando "eso es una sarta de sandeces" aunque, de inmediato y como también era bastante templada, se enderezó en su asiento y concedió que pudiera ser "ese puñado de papeles absurdos" una versión apócrifa de nuestro pasado; pero que para el examen de final de curso ella iba a exigirnos la que figuraba en el programa.